

LUPIÁÑEZ, José, La Línea de la Concepción (Cádiz), 1955. Poeta y crítico literario. Miembro numerario de la Academia de Buenas Letras de Granada.

Aunque nacido en La Línea (Cádiz), la infancia de José Lupiáñez transcurre en El Puerto de Santa María. En 1974, comienza en Barcelona los estudios de Filosofía y Letras, en la sección de Filología Inglesa. Ese mismo año se traslada a Granada, en cuya Universidad se licencia en Filología Hispánica. Desde muy joven comienza a colaborar como poeta y crítico en numerosas publicaciones españolas y extranjeras. En 1975, José Lupiáñez funda, junto a José Ortega (Narceo Antino), la colección de poesía "Silene", que se inicia con la publicación de su primer libro: *Ladrón de fuego*.

A finales de los setenta y principios de los ochenta, la obra poética de José Lupiáñez va tomando cuerpo: *Río solar* (1978), *Amante de gacela* (1980), *El jardín de ópalo* (1980), *Música de esferas* (1982) y *Arcanos* (1984). A partir de este año, se produce un importante periodo de silencio editorial, tan sólo interrumpido por la antología *Laurel de la costumbre*, que recopila una sustancial selección de toda su obra escrita hasta el momento (1975-1988). No obstante, la actividad creadora de Lupiáñez persiste, lo que se refrenda con la publicación de un nuevo libro en 1996: *Número de Venus*. En ese mismo año su nombre se vincula asimismo a la obra colectiva *Églogas de Tiena*, brillante cierre de la colección granadina de poesía Ánade. En 1997, aparece *La luna hiena*, y posteriormente *Puerto escondido* (1998), que dan paso, de manera muy coherente, a esa especie de cuaderno de viaje constituido por *La verde senda* (1999), *El sueño de Estambul* (2004) y *Petra (La ciudad rosa)* (2004). *La edad ligera* (2007) es el último poemario hasta la fecha.

Los versos de José Lupiáñez han sido incluidos en diversas antologías y traducidos a varios idiomas, e igualmente han sido reconocidos con diversos premios (el "Antonio Machado", el "Juan Ramón Jiménez", el "Luis de Góngora" y el I Premio Nacional de Poesía "Emilio Prados", entre otros). Además de su permanente labor cultural y su hasta ahora no atendida vertiente plástica, sólo cabe resaltar la faceta como crítico literario que se concentra fundamentalmente en dos libros: *Las tardes literarias* (2005) y *Poetas del Sur* (2008), publicados por la Academia de Buenas Letras de Granada a la que el autor pertenece desde 2004.

Ladrón de fuego no sólo inaugura una impecable carrera lírica, sino que en sus páginas ya están establecidas las líneas mayores de esta poética. El yo lírico, como Prometeo, ha robado la luz de los dioses y su misión consiste en ofrecerla mediante la escritura: «Latía la mejor / sangre en mis venas, / la más furiosa llama». No se trata del vano gesto de definir el misterio inasible que se desvela ante el ser, sino de cercarlo y afirmar su existencia a través de una palabra intuitiva, cargada de una irracionalidad expresiva perfectamente controlada. En este sentido, el Lupiáñez de los comienzos bebe tanto del trascendentalismo visionario romántico como del mejor Aleixandre o del lujo verbal de algunos de los componentes del grupo *Cántico* (Ricardo Molina, especialmente, y García Baena). Desbordado por un intenso afán de captar el verbo y la belleza, el sujeto lírico se deja invadir por la ofrenda de una realidad fascinadora y mágica que lo envuelve por medio de los elementos más armónicos de la naturaleza. El

paisaje, al tiempo que se muestra y se exhibe con radiante clamor, es quintaesenciado en el recurrente símbolo del jardín, trasunto de un paraíso inalcanzable y siempre anhelante (*Jardín, Nocturno, La Gazza Ladra, Isla serena*). Sin embargo, el jardín de Lupiáñez es un «jardín de ópalo», sin lindes, interior, que crece siempre hacia adentro. De ahí la importancia de la contemplación como acto que interioriza, con feliz calma, lo externo (*Narciso*). El poeta escribe permanentemente asomando al mirador del alma que invita al viaje, a la aventura; lo que explica con nitidez el devenir de toda su trayectoria poética: «El íntimo mirador se cierra en torno / del cielo, dispuesto tal navío / a la deriva. Es la hora del sueño, trémula / hora de fingidas promesas y dolidos / crepúsculos».

Todas estas constantes no hacen más que desarrollarse y perfilarse en los cinco libros sucesivos, al tiempo que se dirigen morosamente hacia nuevos caminos. La escritura del autor de Arcanos se instala siempre —como él mismo afirma— en «los márgenes espaciales y espirituales de una cultura: el Sur, ese territorio del Mediterráneo, esa manera de sentir y de estar en el mundo que es al tiempo escuela que configura su oferta estética y vital». La radiante vitalidad de esta sentencia se expande por las páginas de *Río solar* (1978), que es un canto de amor al instante de molicie que vincula al hombre con el paisaje, la luz y los seres: «Al sopor de las tardes tiéndese / el cuerpo, cuando el verano enreda su canción / dolorosa y las copas abiertas de los árboles / ofrecen inesperado el brillo de sus ramas». Esta armonía cargada de pasión por la belleza necesita una expresión que recoja «la dimensión sensual, la exaltación de los sentidos». De ahí que surjan los versículos henchidos por una barroca exuberancia, como es el caso del largo poema *Amante de gacela* (1980), lo mismo que piezas tan concentradas como las que constituyen *Música de esferas* (1982). «Mis versos — explica el autor— piden gala, carga emocional, lujo y riesgo como única dimensión en la que sea factible la ceremonia sensitiva del poema, a través de la cual éste nos comunique su posible». Sensualidad emocionada que sólo se puede llevar a cabo mediante un concepto del amor que se fragua bien desde el «desnudo flotar» de los cuerpos que se unen o bien desde el latido de la noche y el jardín. El amor es aquí siempre un acto de conocimiento esencial lo mismo que de celebración permanente de la realidad.

Abordados con la perspectiva del tiempo, todos y cada uno de los libros de Lupiáñez, desde el inaugural *Ladrón de fuego*, van engastándose entre sí como las cuentas de un collar lentamente confeccionado por el orfebre. No es difícil comprobar que un simple verso o un poema nos remiten a títulos ulteriores, o cómo el nuevo camino que emprende ya estaba anunciado de antemano, cimentándose así una arquitectura perfectamente diseñada y tan coherente que nunca da cabida a la dispersión experimental o al frívolo tanteo. Si esta poesía es «búsqueda y aventura», «también es necesidad de orden, y perpetuación de las raíces contradictorias que nos asisten», como nos confiesa el autor.

Un silencio de trece años, brevemente interrumpido por la antología *Laurel de la costumbre*, da como resultado *Número de Venus* (1996), que a manera de bisagra divide lo que ya podrían considerarse, aunque todavía de forma muy provisional, las dos etapas fundamentales de la obra de Lupiáñez. Escrito en 1988, año del centenario de *Azul*

(1888), este poemario, fundándose en toda la estética precedente, elabora un sentido homenaje al Modernismo y a Rubén Darío, actitud que, por otra parte, ya estaba anunciada de forma muy explícita por algunas composiciones de *Arcanos* (*Azul*, *Dafnis*, *Los cisnes decrecientes* o *Mirador umbrío*). Sin embargo, *Número de Venus* no queda en un mero tributo a un mundo poético muy específico, sino que es, ante todo, una pertinente interpretación, una certera puesta al día de los *topoi* modernistas, plagada de contrastes entre los destellos del edén y las sombras de la existencia, entre el vitalismo y la tribulación.

La desazón que se expresa en composiciones como *Fin de siglo* («Esta es la hora de la incertidumbre, / una hora aciaga en verdad, / un tiempo amargo, un tiempo adverso») da paso al tono que impera en los dos títulos siguientes: *La luna hiena* (1997) y *Puerto escondido* (1998). Mientras que el primero es la entrega más amarga y desconsolada de Lupiáñez, donde se perfila, por ejemplo, el símbolo de un «jardín efímero», desde el cual «ya no es verdad vivir, / es sueño, es melodía...», o donde el poeta se identifica con la imagen amenazante del francotirador, *Puerto escondido* recobra la calma estoica del apartamento, del ser que está encallado dentro de la sabiduría de las cosas esenciales, ante la calma del mar y lejos de cualquier desafuero. Las imágenes marítimas o de viaje, el símbolo del naufragio asumido o el del «barco varado en la ciudad» connotan la calma del que recobra la fe en sí mismo y en el mundo. La melancólica complacencia en un paisaje originario y pretérito (el de los íntimos «días de la lejana juventud»), en el fondo, no es más que la serena aceptación del propio corazón cicatrizado. En este sentido, habría que destacar el canto a Sierra Nevada, cuyo carácter himnico y melancólico lo adentra en la mejor tradición romántica. En ambos poemarios no se perciben la vital ansia prometeica ni la gozosa comunión con el universo que destellaba en la primera etapa. Existe una evidente distancia entre el ser y su entorno, entre el ser y la ofrenda de la belleza. El ineludible paso del tiempo ha transformado la «imposible belleza» en «sombra fundida con las sombras». Los versos, desde una palpable sencillez y mediante una expresión más cercana al lector, destilan, muy alejados del irracionalismo inicial, aflicción compartida a través de un lento descenso a la existencia en su estado más puro.

En el poema *Vísperas*, que cierra *Puerto escondido*, se puede leer: «Mañana partirás: tus velas sueñan / con las costas doradas que el destino ha previsto». Magnífico preámbulo con el que se sale del anterior díptico de la melancolía y del retiro, y que nos adentra en la trilogía viajera formada por *La verde senda* (*Cuaderno de la India*) (1999), *El sueño de Estambul* (2004) y *Petra* (*La ciudad rosa*) (2004). El orientalismo, que ya estaba apuntado asimismo en *Arcanos* (*Taxdirt*, *Gong* o *Kart Hadast*) o en ciertos momentos de *La luna hiena*, se hace ahora materia lírica a través de unos versos que dilatan sus galas por la India más exuberante y feroz, por los resplandores del Bóforo o por las rosáceas ruinas del país de los nabateos. No se trata tanto de una huida hacia la luz del oriente como de una nueva búsqueda del conocimiento mediante la contemplación y la celebración de una realidad que halaga a la vez que estremece de manera punzante. Bien ante el Mar de Omán o bien apoyado en la ya lejana baranda del carmen de Aynadamar, el poeta, en esencia, aunque tocado por el paso de «la edad ligera», sigue alimentando la misma voz, la de ese «héroe que abandona su Reino / por

la caricia frívola, / por el beso suave: un falso / aroma alzado ídolo de humo», tal y como proclamara en 1975, en la *Poética* que abría su primer libro, *Ladrón de fuego*.

OBRAS DE ~: **Poesía:** *Ladrón de fuego* (Granada, 1975); *Río solar* (Granada, 1978); *Amante de gacela* (Granada, 1980); *El jardín de ópalo* (Madrid, 1980); *Música de esferas* (Granada, 1982); *Arcanos* (Córdoba, 1984); *Laurel de la costumbre. Antología poética (1975-1988)* (Granada, 1988); *Número de Venus* (Granada, 1996); *La luna hiena* (León, 1997); *Puerto escondido* (Málaga, 1998); *La verde senda (Cuaderno de la India)* (Madrid, 1999); *El sueño de Estambul* (Granada, 2004); *Petra (La ciudad rosa)* (Granada, 2004); *La edad ligera* (Jerez de la Frontera, 2008). **Ensayo:** *Las tardes literarias* (Granada, 2005) y *Poetas del Sur* (Granada, 2008).

BIBL. ~: ABAD, A., «El fuego de los dioses: la tentativa de José Lupiáñez», *Diario Sur*, Málaga, 28-I-1979; MOLINA CAMPOS, E., «José Lupiáñez, entre la pasión y la palabra», *Hora de poesía*, 3, 1979; GARCÍA NIETO, J., «*Arcanos*», *ABC*, Madrid, 24-XI-1984; GARRIDO MORAGA, A. M., «*Laurel de la costumbre*, de José Lupiáñez», *Ínsula*, 517, 1990; GARCÍA DE LA CONCHA, V., «*La luna hiena*», *ABC*, Madrid, 14-XII-1997; GAHETE, M., «José Lupiáñez: el lenguaje fértil», *Tierra de nadie*, 4, 2001; FERNANDEZ DOUGNAC, J. I., «Luminosa singladura (Breves notas sobre la evolución poética de José Lupiáñez)», *Extramuros*, n.ºs. 35-36, Granada, 2004.

J-I. F. D